

Capítulo 1

Entender la fe

Nuestras iglesias viven hoy en una situación paradójica. Por un lado, están creciendo de manera sorprendente. Donde hace tres o cuatro décadas había solo una o dos congregaciones, con unas cincuenta personas cada una, ahora hay docenas de iglesias, con centenares de miembros cada una. Por otro lado, sin embargo, esas mismas iglesias se enfrentan a una serie de retos. Las condiciones de la sociedad que nos rodea y de las comunidades específicas en que servimos parecen ser cada vez más desastrosas. No se trata ya solo del crimen y el desempleo, sino que ahora la violencia parece reinar en muchas de nuestras comunidades y familias, y el desempleo es tal lleva a la pobreza y hasta al hambre y el hurto. Por otra parte, en medio de esas condiciones, nuestras iglesias se ven constantemente asediadas por extrañas doctrinas y supuestos “descubrimientos” acerca del mensaje de la Biblia. Algunos nos dicen que si sufrimos es por falta de fe, aparentemente olvidándose de los sacrificios de Jesús, del testimonio de los mártires y de las muchas dificultades por las que pasaron quienes nos precedieron en la fe. Otros creen haber descubierto alguna clave misteriosa que supuestamente les dice la fecha y hora exactas en que el Señor ha de volver. Otros pretenden tener un modo seguro de obligar a Dios a hacer lo que ellos desean.

En esto, la situación de nuestras iglesias se asemeja a la de la iglesia durante los primeros siglos de su vida, cuando, aun a pesar de la persecución, crecía rápidamente. Ese crecimiento era tan rápido que hoy nos resulta imposible saber cómo la fe cristiana fue llegando a la mayoría de las grandes ciudades del Imperio Romano, y mucho menos a lugares más remotos. Por una serie

de razones, el cristianismo tenía gran atractivo para las personas en aquellos primeros siglos. Pero ese mismo atractivo, y el crecimiento de la iglesia, llevaban también a una serie de extrañas doctrinas que amenazaban la esencia misma del cristianismo. Algunos decían que Jesucristo no había venido verdaderamente en carne, sino que era más bien una especie de fantasma espiritual. Otros decían que el Dios del Antiguo Testamento no es el Padre de Jesucristo; es otro dios que no ama, sino que es todo justicia, castigo y venganza. Y otros decían tener conocimientos secretos sin los cuales era imposible alcanzar la salvación.

La principal respuesta de la iglesia a tal confusión fue asegurarse de que sus miembros conocieran y entendieran bien su fe, de modo que no fueran arrastrados por todo viento de doctrina. Para esto se desarrolló todo un sistema de preparación para el bautismo, de tal manera que quien se unía a la iglesia supiera cómo discernir entre la verdadera y la falsa doctrina.

Lo que este libro se propone es algo parecido. No vamos a tratar aquí de cuestiones complejas ni de especulaciones abstractas. Vamos a tratar más bien acerca de lo que es y ha sido la fe de la iglesia cristiana a través de los siglos, y de por qué esas doctrinas son importantes en el día de hoy. El propósito es que sepamos dar razón de nuestra fe, y entender por qué no seguir alguna de las tantas doctrinas que pululan hoy.

La palabra “fe” tiene al menos dos sentidos semejantes, pero diferentes. Por una parte, cuando hablamos de tener fe no nos referimos principalmente a lo que pensamos o creemos, sino más bien a una confianza en aquel en quien creemos. Si un estudiante dice que tiene fe en su profesora, lo que quiere decir no es que está seguro de que la profesora existe, sino más bien que confía en lo que la profesora le dice y explica. De igual manera, si decimos que tenemos fe en Dios, esto no quiere decir primeramente que creemos que Dios existe, sino más bien que

confiamos en Dios. Naturalmente, para tener fe en la profesora el estudiante debe estar convencido de que la profesora existe; y de igual modo, para tener fe en Dios, necesitamos tener el convencimiento de que Dios existe. Pero saber que la profesora existe no es tener fe en ella; y creer que Dios existe tampoco es tener fe en Dios.

En ese sentido, resulta interesante notar que el llamado Credo Apostólico y todos los antiguos credos de la iglesia no dicen “creo que”, sino “creo en”. Es posible creer que hay un Dios creador de todas las cosas, que su Hijo se hizo carne en Jesucristo, quien vivió, murió y resucitó, y que el Espíritu Santo es Dios, y sin embargo no tener fe en ese Dios trino en cuya existencia se cree. Tener fe requiere creer EN: EN Dios Padre Omnipotente; EN Jesucristo, su Hijo; y EN el Espíritu Santo.

Explicemos esto. Creer “en” quiere decir en primer lugar descansar en algo o alguien, apoyarse en algo o alguien. Es cuestión de confiar en ese algo o alguien. Creer “que” quiere decir tener el convencimiento, o al menos admitir la posibilidad, de que algo sea cierto. Si digo “creo que mañana va a llover”, sencillamente estoy expresando una opinión, o quizá una esperanza. Pero no me propongo en modo alguno comprometer mi vida toda en esa lluvia que espero. De igual manera, quien dice “creo que Dios existe” está sencillamente expresando lo que piensa; pero no está afirmando su disposición a confiar toda su vida en manos de ese Dios. La Epístola de Santiago lo dice bien claramente: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Stg 1.19). Los demonios creen y saben *que* Dios existe, pero no creen *en* Dios.

Por otra parte, quien dice “creo en Dios”, si está entendiendo correctamente ese “en”, está diciendo que está dispuesta o dispuesto a confiar toda su vida en los brazos de ese Dios. No

se trata sencillamente de saber que hay un Dios, sino también y sobre todo del convencimiento de que ese Dios es tal que merece nuestra confianza.

En cierta medida, frecuentemente usamos la palabra “en” de manera semejante. Si decimos que estamos en tierra, en alta mar o en el aire, lo que estamos diciendo es que la tierra, el mar o el aire son lo que nos sostiene. Si decimos que estamos en un teatro, o en Puerto Rico, estamos diciendo que ese teatro o que esa isla son la realidad que nos rodea y dentro de la cual existimos.

Es por esto que frecuentemente se habla en el Nuevo Testamento de “estar *en* Cristo”. Esto no quiere decir sencillamente creer que Cristo existe, o que murió y resucitó. Ciertamente implica eso y mucho más; pero a lo que se refiere es a estar en Cristo de igual manera que descansamos en la tierra donde posamos los pies, y de igual manera que el teatro o Puerto Rico son la realidad que nos determina y define.

Aun más, “estar en” también implica estar rodeado o sumergido en algo. Así decimos, por ejemplo, que los peces viven “en” el agua, o que vivimos “en” la atmósfera. También en ese sentido hemos de entender la frase bíblica “estar en Cristo”. Estar en Cristo quiere decir estar sumergido en él, que Cristo nos rodea y envuelve como el agua envuelve al pez.

La fe entonces es ante todo ese “creer en”. Es la confianza que tenemos en este Dios en quien creemos. Es abandonarse en los brazos de ese Dios, sabiendo que su amor y poder son tales que cuidará por nuestras vidas.

Esto se ve en una famosa entrevista que Juan Wesley tuvo con un pastor en Georgia, cuando ya había estudiado teología y había sido ordenado, pero no encontraba reposo en su fe. Según el propio Wesley cuenta, el otro pastor...

... me preguntó: ‘¿Conoces a Jesucristo?’ Yo hice una pausa y dije: ‘Sé que él es el Salvador del mundo.’ ‘Es cierto,’ me respondió, ‘pero, ¿sabes que él te ha salvado?’ Le contesté: ‘Tengo la esperanza de que él ha muerto para salvarme.’ Y él añadió: ‘Pero, ¿lo sabes?’ Le dije: ‘Sí, lo sé.’ Pero me temo que eran palabras vanas.”

En otras palabras, Wesley creía “que”, pero no creía “en”. Y con eso no bastaba. Pero así y todo también es cierto que “creer en” requiere “creer que”. Obviamente, no se puede depositar toda la confianza en un Dios cuya existencia sea dudosa. Ese estudiante mencionado antes no puede confiar en la profesora si no está convencido al menos de que la profesora existe, de que sabe, de que dice la verdad. De igual manera, para creer en Dios en el sentido estricto de esa frase también hace falta tener el convencimiento no solo de que ese Dios existe, sino también de que es poderoso, de que ama. Si bien es cierto que “creer en” es mucho más que “creer que”, también es cierto que lo primero no puede existir sin lo segundo, y que cada uno de los dos puede contribuir al otro.

Un “creer que” errado se refleja también en la vida práctica. Veamos un ejemplo. Un niño confía en su madre (cree en ella). Pero esa confianza se basa en una multitud de ocasiones y experiencias a través de las cuales ha ido aprendiendo ciertas cosas acerca de su madre. Esas experiencias le llevan a creer que su madre es buena, que quiere cuidarle, y otras cosas semejantes. Es sobre la base de esas muchas experiencias que está dispuesto a confiar en ella. En otras palabras, para confiar en la madre, el niño tiene que saber y creer que la madre le ama, le protege y le defiende. Si el niño ve en la madre valores errados, el confiar en tal madre sencillamente llevará al hijo por caminos errados. Para verdaderamente creer en su madre, el hijo

tiene que conocerla. Y buena parte de lo que el niño haga confiando en el amor de su madre dependerá del modo en que entienda a esa madre. Por otra parte, si el niño no conoce a su madre, y espera de ella un amor que ella no puede darle, esto puede llevar a frustraciones y dudas que perdurarán por toda la vida.

De igual modo, para creer en Dios – para confiar en él – hay que creer que Dios existe; pero con eso no basta. También hay que conocerle, que saber que Dios es bueno, poderoso y amoroso, para que entonces nuestra confianza en Dios verdaderamente siga los caminos de Dios. Un “creer que” errado, que no ve en Dios sino un juez vengativo, llevará a una fe amargada, que cree que su tarea es andar juzgando a todos los demás. De igual manera que según el hijo va creciendo y entendiendo mejor a su madre podrá confiar en ella con mejor fundamento, y va descubriendo lo que puede y lo que no puede esperar de ella, así también según los creyentes vamos entendiendo mejor a Dios nuestra fe y confianza en él serán más acertadas.

Luego, el “creer que” y el “creer en” se relacionan como una espiral: el “creer que” mejora y acrecienta nuestro “creer en”, y el “creer en” mejora y acrecienta nuestro “creer que”. En otras palabras, mientras más entendamos de Dios más podremos descansar en él; y mientras más descansemos en él mejor le entenderemos.

En cierta medida, el “creer en” se relaciona con el “creer que” como la fe se relaciona con las doctrinas. La fe es una actitud de confianza en Dios, mientras que las doctrinas son ideas o posiciones que sustentamos. La fe salva; las doctrinas, no. Las doctrinas por sí solas pueden llevar a convicciones y a creencias; pero no a la fe. La fe nos relaciona directamente con Dios; las doctrinas nos hablan acerca de Dios.

Pero, de igual manera que el “creer en” requiere cierto “creer que”, así también la verdadera fe se expresa en doctrinas que nos ayudan a entender quién es este Dios en quien creemos y así evitar caer en el error y confundirle con alguno de los tantos dioses que pululan en el mundo.

Aquí es necesario aclarar la función de las doctrinas. En el día de hoy hay muchas personas que no quieren saber nada de doctrinas religiosas. En vista del modo en que muchas veces esas doctrinas se han empleado, tal actitud se entiende. A veces las doctrinas se usan como si su propósito fuera obligarnos a pensar lo mismo que el resto del grupo. Pero en realidad esa no es la verdadera función de las doctrinas.

Para aclarar esa función, podemos usar un ejemplo. Supongamos que todos vivimos en una alta, amplia y fértil meseta, rodeada de precipicios y despeñaderos. En esa meseta nos movemos con toda libertad, unos prefiriendo una región y otros otra; unos buscando sombra, y otros, sol. La belleza misma de la meseta nos lleva a a explorarla, a tratar de conocer de ella cuanto podamos. Pero algún día un explorador se acerca tanto a un precipicio que la piedra en que estaba parado se despeña. En vista de tal tragedia, los habitantes de la meseta pondremos allí una cerca, para avisarles a las demás personas del peligro que hay en esa dirección. Otro día, al otro extremo de la meseta, otra persona corre la misma triste suerte. Y, de igual manera, allá también colocamos una cerca y un anuncio advirtiendo de los peligros ocultos. El propósito de tales cercas no es limitar la libertad de los habitantes de la meseta, sino todo lo contrario. Advirtiéndonos acerca de aquellos lugares por los cuales es peligroso aventurarse, nos da la seguridad necesaria para movernos por toda la meseta con mayor libertad.

Esa es la función de las doctrinas. Las doctrinas, bien entendidas y empleadas, no pretenden decirnos exactamente lo que debemos creer. Su propósito es más bien advertirnos acerca de algunas de las posturas y creencias que bien pueden ser despeñaderos que nos lleven más allá de los límites seguros de la meseta de la fe. En el resto de este libro veremos muchos ejemplos de esto. Pero tomemos uno de ellos a manera de ejemplo. Respecto a la persona de Jesucristo, hubo quien de tal manera trató de exaltar su divinidad que le hizo una especie de fantasma inhumano. Contra tales opiniones se levantaron cercas doctrinales que afirman la verdadera humanidad del Salvador. Al otro extremo hubo quien de tal manera subrayó la humanidad de Jesús que llegó a negar su divinidad. Y esto también hizo que se levantaran cercas que afirman esa divinidad. Esto no quiere decir que todos entiendan a Jesús de la misma manera. Así como en nuestra supuesta meseta unas personas prefieren más sombra y otras más sol, así también en la iglesia algunas personas subrayan más la humanidad de Jesús, y otras su divinidad. Pueden hacer esto con mayor libertad y seguridad precisamente porque hay cercas doctrinales que les advierten de los despeñaderos a uno y otro lado.

De paso, esto quiere decir que tenemos que repensar nuestra opinión de los “herejes”. Los herejes que han aparecido en diversos momentos en la historia de la iglesia no eran malas personas que buscaban tergiversar la fe y descarriar al pueblo de Dios. Eran más bien exploradores de tal manera interesados en conocer la meseta de la fe que cayeron en el error. Fueron precisamente esas experiencias las que entonces llevaron a la iglesia a formular doctrinas –a construir cercas– que advirtieran a los fieles de los peligros de tales errores.

En resumen, las doctrinas son buenas y necesarias. Pero hay que advertir acerca del mal uso que frecuentemente se hace de ellas. Hay quien, en lugar de emplear las doctrinas para

advertirnos acerca de los despeñaderos que pueden amenazar nuestra fe, quieren emplearlas para obligarnos a todos y todas a pensar exactamente igual. Lo que sucede en tales casos es que aquellas cercas que originalmente se crearon a las orillas de la meseta se van desplazando hacia el centro, de modo que cada vez hay menos libertad. Queremos poner los puntos sobre todas las íes, como si en realidad pudiéramos describir exactamente la realidad de Dios. Es precisamente ese uso errado y hasta abusivo de las doctrinas lo que les ha dado mal nombre, y hace que tantas personas las vean con malos ojos.

Lo que entonces buscamos hacer en este libro es explicar algo acerca de las principales doctrinas del cristianismo. El propósito no es que lleguemos a estar de acuerdo en todo. El propósito es más bien ayudarnos a reconocer la fe común de todas estas personas que habitamos en esta meseta de la fe en la que Dios nos ha colocado mediante su Espíritu Santo. Esto nos ayudará no solo a celebrar y experimentar esa fe común, sino también a comprender y aceptar a aquellas otras personas, hermanos y hermanas en esta fe común, de quienes diferimos en algún punto – o, para continuar con la misma metáfora, quienes viven en una zona de la meseta que no es exactamente la nuestra.

Dicho todo esto, y en espíritu de oración y de amor mutuo, adentrémonos en nuestro estudio de algunas de las principales doctrinas del cristianismo.

Para reflexionar y discutir:

1. Si un joven viene y nos dice que no quiere estudiar, o que alguien le ha aconsejado que no estudie, porque en la universidad o en el seminario le quitarán la fe, ¿cómo responderemos? ¿Por qué razón será que ese joven o quien le aconseja piensan así?

2. ¿Qué nos parece la idea de pensar acerca de las doctrinas como cercas o advertencias junto a posibles despeñaderos? ¿Será verdad que en tal caso las doctrinas, en lugar de obligarnos a pensar de un modo determinado, nos dan mayor libertad?
3. ¿Qué cercas nos parecen absolutamente necesarias? Es decir, ¿cuáles son las doctrinas esenciales de la fe cristiana? Haga una lista de tales doctrinas. Más adelante volveremos sobre algunas de ellas. Según va leyendo el libro, vuelva a esta lista que ha hecho.
4. Supongamos que alguien nos dice que, puesto que en la Biblia se mencionan los obispos, hay que tener obispos, y otra persona nos dice que, puesto que en la iglesia antigua cada iglesia se gobernaba a sí misma, el gobierno de la iglesia tiene que ser congregacional. ¿Serán esas diferencias de práctica y de opinión suficiente causa para rechazarnos unos a otros? ¿Qué otras cosas semejantes nos separan? ¿Que hemos de hacer respecto a tales cuestiones?
5. ¿Cuáles cree usted que son los más peligrosos “despeñaderos” para la iglesia de hoy? Si está estudiando este libro junto a un grupo, hagan una lista de ellos y discútanlos.